

SERGIO BLANCO

CONFESIONES

TRES CONFERENCIAS AUTOFICCIONALES

MÍNIMA TEATRO, 18



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 18

© Sergio Blanco, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
www.puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego
Revisión de textos: Abel González Melo
Corrección ortotipográfica: Luis Porras
Fotografía de solapa del autor: Masiar Pasquali

ISBN: 978-84-15930-35-8

Thema: DD

Depósito legal: M-22253-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com

SUMARIO

Prólogo	11
Divina invención o la celebración del amor	13
Las flores del mal o la celebración de la violencia	73
<i>Memento mori</i> o la celebración de la muerte	133

A mi madre

PRÓLOGO

Este libro reúne tres textos que abordan cada uno un tema específico: el amor, la violencia y la muerte. Decidí designar este tipo de escritura con el término de *conferencia autoficcional* puesto que se trata de materiales en donde se cruzan dos modalidades retóricas opuestas que son la *conferencia* y la *autoficción*.

Debo reconocer que lo que más me atrae de todo este emprendimiento es la unión en un mismo soporte literario de dos modos discursivos que además de ser opuestos son también antagonicos: allí en donde la *conferencia* ha de responder a máximas de objetividad, claridad y precisión por medio de un discurso ordenado, la *autoficción* —que es mentir la verdad sobre uno mismo— será subjetiva, confusa y difusa a través de un discurso desordenado.

La unión de estos modos opuestos que se terminan fundiendo en una sola realidad literaria me resulta profundamente atractiva: siempre me atrajo lo híbrido, lo que no es una cosa ni otra, sino ambas a la vez. Lo he dicho en varias oportunidades: siempre me sentí cautivado por la belleza del centauro, que es caballo y humano al mismo tiempo.

A estas tres conferencias autoficcionales las he titulado *Confesiones* porque en ellas intento develar una palabra íntima que, al hacerse pública, pueda procurar cierto alivio, al menos literario. Y como en toda confesión se tratará de que aquello que era indecible pase a ser *decible*, que aquello que era prelingüístico y que estaba relegado a un silencio profundo

pase ahora al dominio del lenguaje. En estas *Confesiones* aspiro —en un gesto no tanto de coraje sino más bien de generosidad— a poner en palabras una parte de todo aquello que aún no había sido dicho.

SERGIO BLANCO

París, 2022

DIVINA INVENCION
0
LA CELEBRACION DEL AMOR

*A él
y a nadie más que a él...*

Extraños efectos son
los que de tu ciencia nacen.

LOPE DE VEGA

*Todo lo que yo diga ahora de mí,
lo digo de ti,
porque lo que yo tengo lo tienes tú
y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.*

WALT WHITMAN

DISPOSITIVO DE LECTURA

En el escenario vemos un escritorio en donde se encontrará instalado Sergio Blanco. Sobre el escritorio solo vemos el texto que va a ser leído, algunos libros, el cuaderno de notas, un microscopio, una manzana y también hay un hueso: se trata de una costilla humana. En el fondo se proyectarán distintas pinturas de Francis Bacon. El espacio estará oscuro y apenas iluminado. Cuando el público entra, se oirá Man O To de Nu, hacia la mitad se oirán los acordes de la primera Gnossienne de Erik Satie y Paint It, Black de Rolling Stones, y al final se oirá It's Happening Again de Agnes Obel. El texto deberá ser leído respetando una cierta contención verbal y gestual, como lo exige la lectura de toda conferencia, pero puesto que se tratará de una conferencia autoficcional, no se excluirá, en determinados momentos, el surgimiento de ciertas emociones.

INTRODUCCIÓN

Amor, divina invención
de conservar la belleza
de nuestra naturaleza,
o accidente o elección.

No podía iniciar de otra forma un texto que intenta decir algo sobre el amor. Voy a comenzar por el principio.

Todo empezó la mañana en que la Compañía Nacional de Teatro Clásico de Madrid me propuso escribir algo que pudiera dialogar con la pieza *Castelvines y Monteses* de Lope de Vega. La propuesta me atrajo de inmediato. De algún modo la tomé como una invitación a dialogar con el tema del amor. Enseguida les respondí que sí, que aceptaba el desafío.

Divina invención, me dije unos días después, así se va a llamar el texto —siempre me atrajo el adjetivo precediendo lo que califica—, y entonces esa misma tarde lo decido: no va a ser una conferencia, ni una clase magistral, ni tampoco una disertación, sino que va a ser solamente un texto. Nada más que eso. Solo un texto en donde voy a intentar escribir algunas notas sobre el amor. Algunas ideas. Algunos apuntes. Un texto en donde, a partir de mis propias experiencias con el amor —algunas verdaderas y otras falsas—, voy a intentar decir algo.

Se va a tratar entonces de una especie de *conferencia autoficcional* en donde voy a explorar en mí y a ser yo mismo

mi propio material de trabajo, pero con la única finalidad de poder formular algunas ideas sobre el amor.

Sí. Lo sé. Ya lo sé. Sé que puede irritar que uno escriba sobre sí mismo, pero como decía Walt Whitman: «Todo lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti, porque lo que yo tengo lo tienes tú y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también».

El texto contará con esta introducción, con treinta breves relatos y con un epílogo. Su duración será de una hora y diez minutos, y está dedicado a él y a nadie más que a él.

Su título: *Divina invención o la celebración del amor.*

Desde los inicios de la humanidad hasta nuestros días, si bien cada época y cada territorio le ha dado una definición diferente al amor, sin embargo, todas coinciden en algo: el amor siempre está ligado a un movimiento de atracción —una especie de inclinación o de tendencia— que un ser experimenta hacia otro ser.

El amor podría considerarse entonces como un estado de gravitación: un simple desplazamiento en el cual algo se traslada de un punto hacia otro punto.

Así lo ha expresado siempre la literatura, que de todas las disciplinas que han abordado el tema del amor es, a mi entender, la que mejor ha sabido descifrarlo. No hay un solo texto literario que no se refiera al amor como este movimiento de atracción que lleva un cuerpo hacia otro cuerpo.

Uno de los primeros poemas de amor que se han encontrado en el antiguo Egipto atestigua de esta necesidad de acercamiento que tenemos los humanos desde hace miles de años. El final dice así:

Amado mío,
qué dulce es seguirte hasta el río
y poder bañarme ante ti.
Quiero dejarte ver mis encantos
a través del traje de las más finas telas,
cuando esté mojado.
Amado mío,
ven, mírame.

Es muy probable que en estos primeros versos que la humanidad supo escribir al borde del Nilo, ya se contenga la esencia de la experiencia amorosa: la invocación febril de un cuerpo que no desea otra cosa, sino la proximidad de otro cuerpo.

Es Bacon. Francis Bacon. El pintor irlandés.

Fue mirando una exposición de sus pinturas en Tokio que decidí elegirlo para acompañar este texto sobre el amor. La idea se me ocurrió cuando mi editora japonesa me explicó que Bacon siempre insistía en que sus pinturas llevaran vidrios en los cuales los espectadores pudieran verse reflejados. Mientras la escucho explicarme este dato, pienso que en ese deseo de que nosotros nos podamos ver en él, hay algo de autoficcional.

Esa misma noche, después de asistir al estreno de mi pieza *Cuando pases sobre mi tumba* —que habla sobre la erótica que hay en la muerte—, ni bien llego a mi hotel, escribo lo siguiente en mi cuaderno de notas:

No estaría nada mal proyectar pinturas de Bacon en mi conferencia. Pocos artistas como él pintaron el cuerpo enamorado con tanta vehemencia y violencia. Pocos como él entendieron que el amor no es tanto un sentimiento sino algo más primitivo que se vincula con una especie de convulsión. Sus cuerpos siempre están apasionándose en contorsiones de carnes, músculos, ligamentos, tendones. Esta mañana, al enfrentarme a sus cuadros y a medida que fui viendo mi reflejo en sus superficies vidriosas, fui comprendiendo que es a nosotros mismos a quienes en realidad Bacon está descarnando. Bacon no pinta cuerpos, sino que pinta *nuestros* cuerpos. Seguramente sea por eso que a veces nos duele mirarlo: finalmente, lo que Bacon hace es pintar la manera en que el amor muchas veces puede desfigurarnos.

3

En el imaginario literario muy seguido se asocia la llegada del amor con una tempestad que viene a alterarlo todo.

Me gusta esta asociación. Me gusta el amor como trastorno climático que de golpe cambia todas las coordenadas.

Desde *La epopeya de Gilgamesh* hasta Sarah Kane —a excepción de algunos relatos bucólicos—, el paisaje borrascoso casi siempre ha sido el espacio por excelencia de los enamorados.

Las grandes historias de amor nunca suceden en un marco sereno, como si de algún modo la presencia de climas amenazantes nos estuviera hablando de las tempestades que siempre se desencadenan en el interior de los amantes. Algo así como si el malestar espacial del paisaje presagiara otro malestar.

Si el amor es casi siempre asociado con la tormenta es porque muy seguido la experiencia amorosa es algo que nos atormenta, que nos inquieta, que nos perturba. Hace poco, en un muro de Santiago de Chile, leí el siguiente grafiti: «Un cuerpo que ama es un cuerpo en peligro».

Es muy posible que sea esta puesta en riesgo lo que haga que el amor sea una experiencia tan deseada, como si, en definitiva, el sabernos en peligro pudiera darle un cierto sentido a nuestras vidas aburridas y previsibles.

Un informe reciente del Departamento de Neurociencias de la Universidad de Heidelberg, redactado a partir de la exploración del cerebro en personas que se encuentran en las primeras fases de enamoramiento, afirma que los cambios bioquímicos que se pudieron constatar en la mayoría de los individuos son de tal magnitud que dichas fases podrían asemejarse a determinados trastornos psicóticos.

Según lo que revelan las imágenes observadas por resonancia magnética, las personas en pleno proceso de enamoramiento desactivarían el área frontal del cerebro inhibiendo así su capacidad de reflexionar, al mismo tiempo que activarían aquellas áreas cerebrales en donde se producen las neurohormonas reconocidas con el nombre de oxitocinas. Estas hormonas, capaces de llevar su mensaje bioquímico a todo el cuerpo por medio del torrente sanguíneo, y causando como primer síntoma el aceleramiento del ritmo cardíaco, serían las responsables de que el amor al inicio sea algo imposible de controlar.

El tiempo necesario para desactivar la zona frontal y liberar estas hormonas relacionadas con los sistemas de recompensa y los circuitos del placer es de apenas algunos segundos.

Todo esto significa que el amor, desde un punto de vista fisiológico, consistiría en toda una serie de desregulaciones metabólicas que en pocos segundos serían capaces de alterar varias de nuestras funciones orgánicas.

El equipo de expertos concluye que lo que reconocemos como *amor* sería algo mucho más complejo que una emoción

y que se asimilaría más bien a una especie de instinto o inclinación capaz de eclipsar el pensamiento y de trastornar radicalmente todo nuestro cuerpo.

El primer personaje de quien me enamoré en mi infancia fue Superman. Después vinieron todos los demás —Aquiles, Lancelot, Rastignac—, pero el primero de todos fue él y fue un amor inmediato el verano en que mi padre me regaló una de sus revistas. Me acuerdo de que en la tapa se lo podía ver deteniendo un meteorito gigante que amenazaba con destruir a la Tierra. Aquella imagen me cautivó al instante: su cuerpo sublime, su S estampada en el torso, su mirada oscura, su fuerza descomunal.

A partir de esa vez mi padre me va a empezar a regalar cada nuevo episodio y entonces, a medida que lo voy conociendo, voy comprendiendo que lo que me atrae de él no es solo su físico exuberante, sino también su historia: su doble personalidad, su vida de reportero en Metrópolis, sus poderes sobrehumanos, su extrema timidez y, sobre todo, el hecho de que lo único que lo puede aniquilar —la kriptonita— es del planeta de donde viene, como si, en definitiva, nuestro origen también pudiera destruirnos.

El momento más esperado en cada episodio era obviamente el de la transformación: ese instante en donde una cosa deja de ser esa cosa para convertirse en otra, como la conversión de Saúl en San Pablo durante su camino a Damasco. O como la conversión de la parroquia en donde todos los domingos el pan se volvía carne. O como esta otra conversión de la escritura que hace que deje de ser este para pasar a ser este otro y

poder, así, ser varios a la vez, en esta multiplicación infinita de seres que podemos ser.

Todos los meses esperaba el nuevo episodio y recuerdo que, ni bien mi padre me daba la revista, me encerraba en mi cuarto y, como una especie de Madame Bovary, leía aquellas páginas imaginando que era yo a quien Superman rescataba.

Es posible que haya sido ahí —en esa primera historia de amor—, en donde empezara a nacer en mí el deseo irresistible de querer entrar a toda costa en la ficción.